

LA CONFIRMACIÓN EN EL HOMBRE INTERIOR (1843)

<http://doi.org/10.54354/NRGH9899>

Søren Kierkegaard

Fuente:

Søren Kierkegaard, “Bekræftelsen i det indvortes Menneske” en *Tre opbyggelige Taler, 1843*, en *Søren Kierkegaards Samlede Værker*, vol. 3, ed. por A.B. Drachman, J.L. Heiberg y H.O. Lange, Copenhague: Gyldendal, 1901, pp. 296-315.

Notas y traducción del danés de Christopher Barba Cabrales

Søren Kierkegaard

Oración

III 296

¡Padre del cielo! Tú conservas en tu mano generosa todos los dones. Tu abundancia es más rica de lo que puede comprender el entendimiento humano; siempre estás tan dispuesto a dar, y tu bondad siempre es superior a lo que el corazón del ser humano puede comprender; pues atiendes cada petición y siempre nos otorgas lo que te pedimos, o mejor aún, aquello que es mucho mejor para nosotros de lo que te pedimos. Así, otorgas a cada quien la parte que le toca como mejor te place; pero también otorgas a cada uno la certeza de que todo don proviene de ti, de tal manera que el gozo en el olvido del placer no nos aparte de ti, y que tampoco el dolor establezca un divorcio entre Tú y nosotros, sino que en las alegrías te busquemos y en las penas permanezcamos en ti, para que una vez que llegue el final de nuestros días y el hombre exterior [*det udvortes Menneske*] se haya deteriorado¹, la muerte no venga distante y aterradora a nombre propio, sino amable y benévola, con un saludo afectuoso y cordial, como mensajera tuya porque nos trae un testimonio tuyo, ¡Padre nuestro, Tú que estás en el cielo!

Amén.

Efesios 3,13ss²

III 297

¹ Cfr. 2 Cor 4, 16. N. del t. En este pasaje Pablo contrapone la vida terrena que es finita y caduca con respecto a la vida del hombre interior que va renovándose y fortaleciéndose con la fuerza de Dios radicada en su omnipotencia, cuya “lógica” ha quedado revelada en el evento pascual de su Hijo Jesucristo y que es irradiada por su Espíritu: “no desmayamos; antes bien, aunque este nuestro hombre exterior se vaya deteriorando, el hombre interior no obstante se renueva de día en día”. Respecto al adjetivo que aparece en la frase en el original griego, nos parece importante subrayar que lo que hemos traducido por “se haya deteriorado” contiene un matiz que puede clarificarse, se tiene en consideración que el vocablo *διαφθείρεται* en presente indicativo medio o pasivo con significado activo, designa algo mucho más amplio, pues refiere a la muerte del cuerpo, en efecto, que se sufre en tanto que se corrompe con la muerte, pero no solamente, sino al hecho de morir en el sentido de renunciar al mundo y sus criterios a través de la gracia divina y la continua imitación, siendo confirmado y fortalecido en el hombre interior por el Espíritu de Dios.

² “Por tanto, pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria. Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, del cual toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, Que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, la confirmación en el hombre interior por la fuerza de su Espíritu. Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; para que, arraigados y firmes en el amor,

En la capital del mundo, en la suntuosa Roma, donde se concentraba todo el esplendor y la gloria de la tierra; donde, con toda la astucia y todo el desenfreno humano, en la angustia de la desesperación [*i Fortvivlelsens Angst*], se disponía de todo para tentar el instante y así seducir al hombre carnal; donde diariamente se era testigo de lo más extraordinario, de lo más terrible, y al día siguiente ya se había olvidado en el deseo de presenciar algo aún todavía más extraordinario; en la renombrada Roma, donde cualquiera que pensara que podía captar la atención de la multitud, corría

podáis comprender bien con todos los santos cuál sea la anchura y la longuera y la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, por la potencia que obra en nosotros, A él sea gloria en la iglesia por Cristo Jesús, por todas edades del siglo de los siglos. Amén”. N. del t. Los pasajes de la Biblia se han tomado, por lo general, de la traducción castellana conocida como Reina Valera de 1909. Sin embargo, también he consultado otras versiones en castellano como la Biblia de Jerusalén, las versiones originales de los textos juntamente con la traducción danesa de 1819. En algunos casos, he modificado alguna palabra o frase de la traducción castellana en razón la traducción danesa a la que tenía acceso Kierkegaard. Sabemos además que también él consultaba los textos bíblicos en alemán, es decir, la traducción que había realizado Martín Lutero en 1534.

La frase paulina que Kierkegaard utiliza para este discurso y que le sirve para titularlo es *Bekræftelsen i det invortes Menneske*. En efecto, en el versículo 17, en el original griego, se utiliza el verbo *κραταιωθῆναι* que es un verbo que, en aoristo infinitivo medio, significa fortalecer, confirmar, hacer fuerte, robustecer. La palabra danesa *Bekræftelsen* también tiene distintos significados, aunque todos indican la acción de un agente externo que corrobora y certifica algo en razón de su autoridad. Su primer significado es *confirmación*. Así, aunque el sentido de esta confirmación no indica aquí directamente, como en nuestra lengua, un rito sacramental, sí refiere a la confirmación en el sentido de que Dios ratifica su fuerza y su poder a través de la acción salvífica de su Espíritu que confirma, en el sentido de fortalecer y hacer crecer con fuerza, al hombre nuevo, a la nueva criatura que es a causa del bautismo en Cristo. De hecho, la etimología misma de la palabra *Bekræftelsen* es digna de tener en cuenta, pues está constituida por el sustantivo *kraft* que significa fuerza o poder y el prefijo *Be* que indica la acción de un agente que obra realizando una acción, en este caso, el fortalecimiento. *Bekræftelsen* lo he traducido como *la confirmación* dado que es el sentido de la palabra danesa, al menos el que se reporta en los diccionarios. Sin embargo, es importante tener en cuenta que el vocablo griego en el original contiene ambos sentidos, es decir, confirmación y fortalecimiento. Otro aspecto para señalar es respecto a la traducción de la frase *i det invortes Menneske*. El original griego no presenta la partícula *ἐν* sino *εἰς: αὐτοῦ δυνάμει κραταιωθῆναι διὰ τοῦ Πνεύματος αὐτοῦ εἰς τὸν ἕσω ἄνθρωπον*. Se trata de la preposición *εἰς* que, entre sus significados, seguido de un acusativo, encontramos *dentro, hacia, en, entre, hasta que, entre* y otros muchos más. En este sentido, aunque lo he traducido como *La confirmación en el hombre interior*, no debe entenderse en un sentido meramente pasivo, sino que esta confirmación y este fortalecimiento tienen como objetivo al hombre interior en el sentido dialéctico, es decir, que en la medida que el hombre exterior se deteriore y corrompa, el hombre interior sea confirmado y fortalecido.

apresurado como si se encaminara hacia su propio escenario, disponiendo de todo anticipadamente para su recepción, ebrio en su autosuficiencia, para así poder aprovechar astutamente este instante de fortuna – allí vivió el apóstol Pablo como prisionero, allí escribió la carta de la que está tomado este pasaje. Como prisionero fue llevado allá, desconocido para todos, y, sin embargo, portaba consigo una doctrina de la que testificó que era la verdad divina, que le había sido transmitida por una revelación especial³, además de que poseía la inquebrantable certeza de que esta doctrina había de prevalecer victoriosa sobre el mundo entero. Si hubiese sido un revolucionario que alborotaba al pueblo, haciendo así temblar al tirano; y que por ello hubiese sido llevado prisionero a Roma para que el soberano pudiera saciar sus ansias de venganza con duros sufrimientos, martirizándolo y sometiéndolo a los peores tormentos – ¡sí! Entonces tal vez habría sido probable que su destino final sacudiera por un tiempo a todo aquél que todavía mantuviera dicho sentimiento vivo en su pecho y que por algún instante, la multitud, apasionada y curiosa, se agitara– ¡y, en efecto, quizá el trono del tirano debía ser derrocado! Sin embargo, Pablo no fue tratado como si hubiera pretendido actuar así. Era demasiado insignificante para que Roma le temiera, su locura [*Daarskab*] era demasiado inocente para que la autoridad pudiera armarse contra él. Un hombre que pertenecía a un pueblo menospreciado; un hombre que, de hecho, ya ni siquiera pertenecía a él, sino que había sido apartado de él por considerarlo un escándalo [*en Forargelse*] – un judío convertido al cristianismo, el hombre más solitario, el más abandonado, el más inofensivo de toda Roma. Como tal fue tratado. Su encarcelamiento, en cierto sentido, fue clemente, era el único prisionero; a él, que traía esa victoriosa convicción, se le asignó como único lugar de actuación la soledad de la prisión, además de estar cerca de aquel soldado que diariamente se encargaba de vigilarlo. – En la capital del mundo, en la

³ N. del t. Pablo, a diferencia de los demás apóstoles, no fue elegido entre el grupo de los doce mientras Jesús vivía, sino a través de una revelación especial, es decir, Jesús mismo le constituyó como pregonero del Evangelio, en este sentido es que se dice que recibió un mensaje especial: “El Señor le dijo a Ananías: Ve, porque instrumento escogido me es este, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre. Fue entonces Ananías y entró en la casa, y poniendo sobre él las manos, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recibas la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al momento le cayeron de los ojos como escamas, y recibió al instante la vista; y levantándose, fue bautizado. Y habiendo tomado alimento, recobró fuerzas. Y estuvo Saulo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco”. Hch 9,15-19.

III 298

bullíciosa Roma, donde nada podía resistir al poder implacable del tiempo que devoraba todo tan pronto como aparecía, que lo borraba todo con su olvido sin dejar rastro alguno – allí vivía el apóstol Pablo, un hombre insignificante, solitario dentro de una prisión, callado y retraído, pero sin entregarse al olvido; no había nadie en aquella inmensa ciudad que supiera de su existencia. Pero mientras que todo lo que le circundaba, fugazmente como una sombra, se convertía en vanidad, él permanecía firme en la convicción de que la doctrina que profesaba había de prevalecer victoriosa sobre el mundo entero – sobre el mundo entero del que ahora se le había apartado, de hecho, la única persona que Pablo podía ver era el soldado que lo vigilaba. Cuando alguien sufre por culpa propia de manera justa, soporta su castigo con paciencia, no es digno de ningún elogio. En cambio, si alguien sufre de manera inocente, entonces con seguridad recibirá alguno⁴. Esto es hermoso pensarlo, agradable oírlo, bueno conocerlo, pero difícil vivirlo. Y, sin embargo, aquel en cuyo corazón todavía había piedad y temor de Dios, con el auxilio divino, consagraba y sacrificaba su alma en la humildad hasta alegrarse en Dios y descansar en el Señor; pues debía salvarse en la paciencia, aunque debió de haber sido muy duro ver cómo su expectativa de querer ganar el mundo entero se desvanecía como un sueño, al terminar siendo sólo un prisionero, sin ni siquiera tener la oportunidad de sucumbir en la batalla, pues todo se había desvanecido como si se hubiese tratado de una ilusión. Si hubo algunos que habían puesto su confianza en él y esperado en él, entonces seguramente Pablo los conservaría en su memoria, y a su alma tampoco le sería extraña la dolorosa preocupación [*den smertelige Bekymring*] de saber si ellos también lo abandonarían, quizá por ello les decía: “no me dejen ahora que he sido abandonado por todos, no me olviden ahora que he sido olvidado por todos”⁵. Con seguridad conmovió sus corazones, tal vez alguien en particular vendría a encontrarlo y, si es que se le permitió, haya visitado al prisionero, y entonces, se haya afligido con él, lo haya consolado y así lo haya fortalecido. Es hermoso hablar de ello, su solo pensamiento con toda seguridad conmueve el corazón de la mejor persona. Sin embargo, Pablo era un apóstol. Aunque estaba triste, siempre se sentía alegre; aunque era pobre, siempre enriquecía a muchos; aunque no tenía nada, lo poseía

⁴ Cfr. 1 Pe 2, 20. N. del t. El apóstol Pedro exhorta a la comunidad para que no descansen de hacer el bien: “pues ¿qué mérito tiene el soportar que os abofeteen si habéis pecado? Pero si por hacer lo que es bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios”.

⁵ 2 Tim 4, 9-16.

todo⁶. Desde su cautividad escribía a su lejana comunidad: “Por tanto, pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria”.⁷ Él mismo, que pudiera pensarse que necesitaba consuelo, estaba preparado porque se entendía bien con el Señor: estaba alegre en la tribulación, valeroso en el peligro, sin ocuparse de su propio sufrimiento, sino preocupado por la comunidad; reflexionando en la soledad sobre su tribulación, ya que de otra manera, los hubiera desanimado.

III 299

Si alguien, encontrando paz y sosiego en su propia adversidad [*Modgang*], se afligiera de que otros pudieran perder el coraje y la fe a causa de su propia desgracia, se le generaría, aunado a esto, un nuevo desasosiego. Sin embargo, el temor de Dios prevalecía en él y dejaba confiadamente a sus seres queridos abandonándolos en las manos de Dios. Se le conmovía el corazón cuando hablaba de ello, cualquier persona buena con seguridad sentiría que valdría la pena aspirar a este confiado abandono. En efecto, Pablo era un apóstol, y desde su prisión escribía: “mis tribulaciones por vosotros son vuestra gloria”⁸.

Aquel que tiene una doctrina que confiar a los hombres para que la custodien, se esforzará por ganárselos, ofrecerá un testimonio consolador y se referirá al individuo [*den Enkelte*] en particular que es cada hombre.

⁶ 2 Cor 6, 10. N. del t. Una de las características de muchos de los discursos edificantes de Kierkegaard es mostrar la dialéctica que supone necesariamente la vida cristiana, es decir, la tensión que surgen en el individuo entre los criterios que nacen del seguimiento de Cristo y los criterios del mundo. El cristiano, según Kierkegaard, enfrenta siempre el desafío de interpretar las tribulaciones en la conciencia de esta dialéctica que le permite esclarecer la lógica del plan divino. En este sentido, se puede observar que Kierkegaard tiene este pasaje paulino que es una clave su dialéctica existencial cristiana: “Y como cooperadores suyos que somos, os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Pues dice él: En el tiempo favorable te escuché y en el día de salvación te ayudé. Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de salvación. A nadie damos ocasión alguna de tropiezo, para que no se haga mofa del ministerio, antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios: con mucha constancia en tribulaciones, necesidades, angustias; en azotes, cárceles, sediciones; en fatigas, desvelos, ayunos; en pureza, ciencia, paciencia, bondad; en el Espíritu Santo, en caridad sincera, en la palabra de verdad, en el poder de Dios; mediante las armas de la justicia: las de la derecha y las de la izquierda; en gloria e ignominia, en calumnia y en buena fama; tenidos por impostores, siendo veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes están a la muerte, pero vivos; como castigados, aunque no condenados a muerte; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos”. 2 Cor 6, 1-10.

⁷ Ef 3, 13.

⁸ Ef 3, 13.

Pero cuando este testimonio falla, probablemente notará que es como si le hubieran quitado la fuerza, y, aunque lo encuentre más difícil, buscará reconciliarse con Dios en su corazón; y le dolerá como a aquel a quien le es arrebatada la prometida⁹ y la felicidad, pero no como si hubiera corrido detrás de lo incierto, olvidando así que antes, más importante antes de querer salvar a los demás primero, está el esforzarse por salvar su propia alma, calmar su mente, atormentada y agitada por muchos pensamientos, sometiéndola a la obediencia de la fe, bajo el poder que genera la certeza en vínculo de la caridad. Es provechoso hablar de ello, y cualquier persona honesta admitiría que es bienaventurado el disponer la propia casa de esta manera cuando ya se ha beneficiado de lo mejor y ahora se encuentra concentrado en algo de menor importancia. – Pero ¿Pablo? ¿acaso contaba con la aprobación de los poderosos de la tierra como para que ellos hicieran que se difundiera su doctrina? No, Pablo era un prisionero. ¿Acaso pagaron los sabios tributo a sus enseñanzas por la buena reputación de la que gozaba, por dar testimonio de la verdad? No, para ellos era una locura [*en Daarskab*]¹⁰. ¿Acaso su enseñanza otorgaba al individuo una habilidad divina de manera inmediata? ¿Acaso hacía propaganda de sí mismo a través de actos de magia o malabares? No, tenía que apropiárselo lentamente, hacerlo suyo a través de distintas pruebas, comenzado por renunciar a todo. ¿Contaba Pablo con algún testimonio? ¡Sí, tenía todos los testimonios humanos en su contra! Además, tenía la preocupación de que la comunidad lo abandonara, o lo que es más grave, que se escandalizara por su causa; en efecto, el escándalo [*Forargelsen*] nunca está más cerca que cuando la verdad es humillada, cuando el inocente sufre, cuando la injusticia está segura de su victoria, cuando la violencia prospera, cuando la ignorancia no necesita usar la fuerza contra el bien, sino que permanece despreocupada de que el bien exista en verdad. Pero ¿desistió Pablo a falta de un testimonio a su favor? De ninguna manera. Como no tenía otro testimonio en el que confiar, confiaba en sus tribulaciones [*Trængsler*]. ¿No es esto un milagro?

III 300

⁹ Cfr. Marcos 2, 20. N. del t. Jesús está hablando del ayuno del sábado con motivo de la observancia judía que se debía guardar: “Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán”.

¹⁰ N. del t. Kierkegaard, al reflexionar sobre la reacción de los sabios ante las enseñanzas de Cristo, resalta cómo, al igual que en los tiempos de Pablo, la verdad proclamada era vista como “una locura”. Como dice el apóstol en 1 Cor 1, 23 “pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura”. En ambos contextos, tanto en el de Pablo como en el de Kierkegaard, la sabiduría divina desafía y a menudo contrasta con la sabiduría humana, siendo percibida por muchos como absurda o incluso ofensiva.

Aunque Pablo no hubiera experimentado que podía hacer milagros, ¿no es esto ya una demostración? Convertir las tribulaciones en una prueba de la verdad de su enseñanza: transformar la desgracia en motivo de gloria para uno mismo y para la comunidad de creyentes; hacer de la causa perdida una causa victoriosa con toda la fuerza del testimonio ¿no es acaso esto como hacer caminar a los cojos y hacer hablar a los mudos?¹¹.

¿Qué le daba a Pablo la fuerza para hacer esto? Él mismo poseía un testimonio; no era un hombre que dudara, sino que en su más profunda interioridad encontraba los más sólidos pensamientos. Poseía un testimonio mucho más grandioso y sublime de todo lo que existía en el mundo, un testimonio que se afirmaba con creciente fuerza a medida que este mundo se tornaba más adverso hacia él. ¿Entonces era un hombre débil? No, era fuerte. ¿Era vacilante? No, estaba fortalecido; en efecto, fue fortalecido por el Espíritu de Dios con la confirmación en el hombre interior.

Lo que el mismo Apóstol fue en vida, de lo que daba testimonio, eso es lo que quiere que realice cada individuo en la comunidad. Incluso, aunque las condiciones de aquellos tiempos hayan sido diferentes, incluso si la lucha y el conflicto la hicieran más necesaria, pero también más difícil, ganar la confirmación en el hombre interior sería, en todo momento y en toda circunstancia, la única cosa necesaria para que una persona salve su alma, de hecho, cualquier hombre tiene su crisis, su lucha y su combate, su necesidad, su soledad con la que es tentado, su angustia e impotencia cuando falla el testimonio. Así que consideremos más de cerca:

La confirmación en el hombre interior

Solamente un alma aturdida puede dejar que todo cambie a su alrededor, entregándose como presa a las frívolas y caprichosas transformaciones de la vida, sin inquietarse por ese mundo interior, es decir, sin preocuparse

¹¹ N. del t. Kierkegaard refiere a que el testimonio, en el sentido de una prueba legítima, se encuentra en que Dios mismo se revela como mesías en sus obras buenas, y de la misma manera sus enviados, al aceptar confiadamente su situación presente desde la perspectiva de la fe, hacen que, incluso las tribulaciones, desgracias y desventuras de la vida, sean transformadas en una ocasión para enfrentarlas con la certeza de la victoria, también en este sentido la existencia cristiana es dialéctica: “Y al oír Juan en la cárcel de las obras de Cristo, mandó por medio de sus discípulos a decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperaremos a otro? Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres se les anuncia el evangelio. Y bienaventurado es el que no se escandaliza de mí” Mt 11, 2-6.

III 301

por sí misma [*at bekymres for sig selv*]. ¡cuán indigna y repulsiva es una vida así! ¡Qué lejos está de ofrecer un testimonio del noble destino al que está llamado el ser humano: ser el amo de la creación! Si el hombre ha de gobernar, entonces debe de haber un orden en el mundo, de lo contrario, sería sólo una burla ponerlo al mando de fuerzas salvajes que en realidad no obedecen ninguna ley. Y si ha de gobernar, entonces debe haber una ley [*en Lov*] dentro de él, pues de otro modo no podría hacerlo; o intervendría perturbando el orden o dejaría en manos del azar todo, sin importarle si de verdad ha gobernado sabiamente o no. Pero si así fuera, entonces el hombre estaría muy lejos de ser el amo de la creación, y, más bien, sería la creación misma la que desearía que él no existiese en absoluto. Pero tan pronto como un hombre considera la vida de una manera más razonable, entonces busca asegurarse de que haya relación y orden en todo, y como amo de la creación planteará una interrogante solicitando una explicación, es decir, exigirá un testimonio.

Sólo aquel que consagró su alma a las pasiones terrenales, aquel que prefirió la espléndida servidumbre de la lujuria y no logró liberarse ni de su melancólica angustia [*tungsindige Angst*] ni de su frívola ansiedad, puede dejarse llevar por el testimonio que la misma criatura puede ofrecerle para que lo use hábil y calculadoramente al servicio del momento. En efecto, el hombre es el amo de la creación, por lo que incluso obedece al amo indigno. ¡Qué miserable perdición! No significa que este hombre viva sin poder pensar, sino que comprende todo, pero el extravío de su corazón consiste sólo en la propia autosatisfacción. Cuando ve el atardecer dice: mañana será un día hermoso; pero si ve el cielo nublado, afirma diciendo: hoy habrá una tormenta; pues sabe cómo juzgar la apariencia del cielo¹², el clima y el viento. Por eso puede decir: “hoy o mañana mismo iré a tal o cual ciudad y me quedaré allí durante un año, compraré y obtendré ganancias”¹³. Cuando trabaja de manera productiva su tierra, calcula que obtendrá una cosecha abundante. Sus ojos se deleitan ante la mirada de la cosecha abundante, a lo que él, sin ser consciente de ello, ha llamado el fruto bendito. De manera rápida construye unos graneros más grandes¹⁴, pues es fácil prever que los

¹² Cfr. Mt 16, 2-3.

¹³ Sant 4, 13. N. del t. Santiago exhorta a la comunidad a vivir vigilantes y responsablemente en el presente: “¡Vamos ahora!, los que decís: Hoy o mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año, compraremos mercadería y ganaremos; y ni siquiera sabéis lo que será mañana. Porque, ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece”.

¹⁴ Cfr. Lc 12, 16-21. N. del t. Kierkegaard toma como ejemplo la paradigmática parábola evangélica donde Jesús explica a sus discípulos la insensatez de aquel que acu-

antiguos ya no servirían para contener esta misma abundancia. Entonces se encuentra contento y feliz, alaba la existencia [*Tilværelsen*], luego se va a dormir; pero entonces se le dice: esta noche exigiré que tu alma rinda cuentas. –¡Su alma! ¿no es acaso pedirle mucho querer que entienda esto? No se trata de la abundante cosecha obtenida, sino de lo que, en medio de todo, él ya había olvidado: ¡que tiene un alma!– Sin embargo, el que considera la vida con cierta seriedad, se dará cuenta con facilidad que él no es solamente un amo, sino que también es siervo, que la diferencia entre el hombre y el animal no consiste sólo en el hecho de que el hombre sea un animal racional.

Sólo aquel que huye por cobardía de una explicación más profunda, aquel que no tiene el valor de asumir su responsabilidad, excusándose diciendo que es amo sólo para no someterse al deber que le corresponde como siervo, ni a la humildad para querer obedecer primero antes que mandar, y entonces mandar sólo en la medida en la que él mismo obedece –este hombre sólo llena su tiempo ociosamente con reflexiones que no le llevarán a ninguna parte, sino que le sirven de distracción provocando que su alma, su facultad de entender y de querer, se apaguen como una llama y se esfumen como el humo. ¡Qué triste es tal ensimismamiento [*Selvfortærelse*]! ¡Qué lejos está un hombre así de ofrecer un testimonio y expresar, con su vida, el destino tan noble del ser humano, ser colaborador de Dios!

III 302

Con cada instante que pasa y que emplea para reflexionar de manera más profunda, él se hace *más viejo* que el instante mismo que apenas pasó, lo que le podría ayudar a caer en la cuenta, con mayor facilidad, de lo eterno [*det Evige*], un hombre así se aseguraría de tener una relación auténtica con el mundo, pues esta relación no puede tratarse solamente de un mero saber [*Viden*]¹⁵ acerca del mundo y de sí mismo, ya que un tal saber no es todavía

mula su abundancia frívolamente y sin tomar en cuenta la asechanza de la muerte y con ella, la de rendir cuentas de la administración que se ha hecho de la propia existencia y de todo lo que se le ha confiado como administrador. Este es el texto evangélico: “Les dijo una parábola: Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: “¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?» Y dijo: «Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea.» Pero Dios le dijo: «¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?» Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios”.

¹⁵ N. del t. A continuación, Kierkegaard expondrá las líneas generales de su doctrina acerca de la comunicación de un saber [*Viden*] existencial. Si se toma en consideración el año de la publicación del presente discurso, se podría decir que nos encontramos en una de las primeras versiones de la idea que Johannes Climacus desarrollará en el *Post-*

ninguna relación [*Forhold*]: él mismo, en este saber, es indiferente al mundo, y este mundo es indiferente al saber que tiene acerca de él. Únicamente hasta el instante en que se despierte en su alma la preocupación por el sentido que tiene este mundo para él y él para el mundo, es decir, la preocupación por el sentido que tiene todo aquello en lo que él mismo es y el sentido que tiene para él este mundo, sólo entonces, se despertará el hombre interior con esta preocupación [*Bekymring*]. Esta preocupación no consiste en un saber minucioso o extenso, sino que es un saber de otro tipo, un saber que no se agota en sí mismo, sino que exige que, en el mismo instante de su posesión, se le transforme en acción [*Handlen*], pues de lo contrario, entonces no lo poseería realmente. Es verdad que también esta preocupación exige una explicación, un testimonio, pero de otro tipo. Si un hombre supiera todo, pero no supiera nada acerca de la relación que guarda este saber con él, seguramente, en su ánimo por estar seguro de la relación de su conocimiento con el objeto, exigiría un testimonio [*et Vidnesbyrd*], pero entonces, no, no habría entendido que se necesitaba de otro tipo de testimonio; entonces, la preocupación verdadera aún no se habría despertado realmente en su alma. Tan pronto como ésta despierte, entonces su saber le resultará insuficiente, porque todo aquel saber en el que el hombre desaparece para sí mismo es ambiguo, así como sus explicaciones, pues unas veces se explica esto y otras aquello, pudiendo significar lo contrario, por eso cuando este tipo de saber ofrece un testimonio puede estar lleno de engaños y enigmas, generando solamente angustia. ¿Cómo se podría saber con seguridad si es obra de la gracia de Dios para que así se alegre con Él y pueda disfrutarlo con toda confianza? ¿O si más bien no es la ira divina la que estratégicamente oculta el abismo de su perdición y que su destino será más terrible aún? ¿Cómo podría un hombre tener la certeza de que la adversidad no es un castigo del cielo, por lo que debe dejarse humillar por ella o de que más bien se trata del amor de Dios [*Guds Kjerlighed*] que lo ama en la prueba [*i Prøvelse*] y que lo puede traer a su pensamiento confiadamente en la dificultad de la tentación? ¿Cómo podría un hombre, con dicho saber, estar seguro de que

III 303

scriptum acerca de la verdad subjetiva y que igualmente se encuentra en el opúsculo de los *Diarios* sobre *La dialéctica de la comunicación ética y ético-religiosa*. La idea en general es la misma, a saber, que un saber que contiene o porta una verdad existencial, a diferencia de un saber puramente teórico, no se contenta con la asimilación de un contenido, sino en la reduplicación del contenido en la existencia misma a través de la realización efectiva en las circunstancias vitales y concretas de cada individuo. Se trata, por lo tanto, de un segundo momento de su formulación si se toma en cuenta la carta de Gilleje aunque ésta aparece en los *Diarios*, así que se trata del primer momento en que aparece en un texto publicado por el mismo Kierkegaard.

había ocupado un lugar importante en el mundo porque era signo de la confianza que Dios había depositado en él como su instrumento escogido o porque más bien iba a convertirse en una moraleja para los hombres, es decir, en una advertencia, en una alarma para los demás? Es verdad que su saber podría asegurarle que todo le saldrá bien, que todo le será favorable, que todo sucederá como él lo quiere, que lo que quiere se le otorgará; o que todo saldrá mal, que todo fallará, que todo horror por el que se angustia enseguida le sucederá; que es digno de confianza como ninguno – pero este saber no puede enseñarle más. Así que la explicación que ofrece este tipo de saber es muy ambigua, este tipo saber es muy desconsolador.

En esta preocupación, se revela el hombre interior que desea una explicación, un testimonio que le aclare el sentido de todo, incluso su propio sentido, pero desde el Dios que sostiene todo en su eterna sabiduría y que ha puesto al hombre como amo de la creación en la condición de siervo de Dios, revelándose en el hecho mismo de hacerlo su colaborador, y que, con cada explicación ofrecida a cada hombre, fortalece [*bestyrker*] su hombre interior. En esta preocupación se revela el hombre interior que no se preocupa por el mundo entero, sino que está vigilante, ante Dios y ante sí mismo, de la explicación por la que se hace comprensible en esta relación y por el testimonio que le confirma en esta relación. Esta preocupación no se acalla ni un instante, pues el saber que adquiere no es un saber indiferente. Si un hombre quisiera resolver la cuestión de una vez por todas y terminar así con el asunto, entonces el hombre interior estaría muerto en él, es decir, estaría condenado al fracaso porque lo incapacitaría. Pero si realmente está preocupado, todo lo que tenga que ver con Dios le servirá para la confirmación en el hombre interior; porque Dios es fiel y no lo dejará sin su testimonio. Pero Dios es Espíritu y sólo puede ofrecer un testimonio en el Espíritu, es decir, la confirmación en el hombre interior, cualquier otro testimonio ajeno a Dios, si es que se pudiera hablar de semejante cosa, sería una ilusión.

Entonces, la prosperidad debe servirle para la confirmación en el hombre interior. A menudo escuchamos decir a las personas¹⁶ que la vida es muy engañosa, y por muy diferentes que sean las esperanzas y los deseos del

¹⁶ N. del t. Aunque el término danés *Menneske* se traduce generalmente con el sustantivo *gente*, un sustantivo colectivo, he considerado oportuno traducir por *personas* dada la crítica continua que hace Kierkegaard, en otros textos posteriores ha hecho críticas muy prudentes y, en cierto sentido, proféticas a propósito de la masa, de la nivelación y de la despersonalización que en su tiempo comenzaba a vivirse al interno de pequeñas ciudades, como lo era y lo sigue siendo Copenhague.

III 304

individuo, sin embargo, muchos están de acuerdo con la idea de que la demanda de las expectativas nunca se cumple, aunque efectivamente haya muchos que se engañen a sí mismos buscando consuelo en la idea de que ellos alguna vez en verdad habían abrigado grandes expectativas. Entonces, se quejan del mundo diciendo que es una tierra de miseria; se quejan del tiempo, diciendo que no es más que una fatiga y un desperdicio inútil, que no acerca al hombre a la meta de su deseo, sino que incluso lo aleja cada vez más de ella; se quejan de los otros diciendo que son infieles, toscos, tibios, egoístas; de sí mismos, al igual que de todas las cosas en la vida, se quejan diciendo que no son lo que parecían ser; se quejan del orden de las cosas aquí en la tierra, de que prospere todo lo vano y lo superficial, de que se corone aquella obra cuya fuerza son únicamente las palabras vanas; de que se elogie el sentimiento cuya fuerza es pura charlatanería; de que la dificultad probada sea alardeada solamente para conseguir alguna ayuda; de la misma manera se quejan de que el esfuerzo sólo obtenga ingratitud y sospecha, de que el sentimiento, callado y sincero, sólo encuentre la incompreensión; de que el dolor profundo y solitario, sólo encuentre la ofensa. Pocas veces se escucha una voz más seria exhortando a todos para que acepten las enseñanzas de la vida y se dejen educar en la escuela de la tribulación [*i Gjenvordighedens Skole*], discurso probado que pregunta enfáticamente si acaso un rico se salva, si son los poderosos los que van por el camino angosto, si son los afortunados los que se niegan a sí mismos, si son los eruditos y sabios de este mundo los que aceptan la verdad despreciada. En efecto, este discurso casi no es escuchado por nadie con atención, sino que se sigue escuchando la queja de que el individuo no solamente tiene que hacer frente a la adversidad en su vida, sino que más bien, la vida misma no es más que adversidad, lo que hace de toda la existencia [*hele Tilværelsen*] un discurso oscuro que en realidad nadie puede entender. Pero la prosperidad es fácil de comprender. Y, sin embargo – Job era un anciano y había envejecido con el temor de Dios en su corazón, ofrecía holocaustos¹⁷ por cada uno de sus hijos asistía a un convite. – “Pero la prosperidad es fácil de comprender”. Y, sin embargo, ni siquiera el mismo *afortunado*¹⁸ [*den Lykkelige*] puede

¹⁷ Job 1, 5.

¹⁸ N. del t. En los textos de Kierkegaard se puede observar la utilización de dos términos daneses que pueden ser traducidos casi de manera indistinta dependiendo el contexto. Sin embargo, puede considerarse que *den Lykkelige* es un tipo de alegría que está más relacionado con la obtención de aquello que se quiere o por el buen andar de las cosas, mientras que *den Glæde* continuamente Kierkegaard lo utiliza para hacer referencia a una actitud interior que sabe entender el orden de la realidad desde la interioridad misma de la voluntad divina.

comprenderlo. Observa al afortunado, a quien la suerte le ofrecía todo. No trabaja y, sin embargo, es como Salomón en toda su magnificencia, su vida es como la danza, su mente está embriagada en la fantasía del deseo, y todos sus sueños se van cumpliendo, su mirada se satisface en lo que desea incluso antes de tenerlo, su corazón no se reserva ningún placer, su ambición no conoce límites. Y si le preguntaras: ¿cómo obtuviste todo esto? Seguramente entonces te respondería frívolamente: ni yo mismo lo sé. Esta respuesta seguramente se añadiría como una broma que lo corroboraría en su frivolidad, pero en realidad seguiría sin entender lo que realmente dijo y cómo se había juzgado a sí mismo. La autoridad civil vela para que cada uno tenga sólo aquello que legítimamente le corresponde. Así, cuando se percata de que una persona posee una abundancia y una riqueza que asombra a todos, le exige una explicación sobre su procedencia. Pero si no puede ofrecer tal explicación, entonces se le arroja la sospecha de que no las obtuvo de manera honrada, que no las posee legítimamente, que quizás sea un ladrón. La justicia humana es una imagen muy imperfecta de la divina. Mantiene un ojo vigilante sobre cada ser humano. Cuando alguien no tiene otra respuesta que ofrecer al respecto de la procedencia de sus ganancias, entonces lo juzga y permanece una sospecha contra la *legítima* posesión de lo que tiene. Esta sospecha no es una servidora de la justicia, sino la justicia misma que lo acusa, lo juzga, lo enjuicia y guarda su alma en prisión para que no se escape. ¿Qué se le exige al afortunado? ¿Qué más sino la confirmación y fortalecimiento en el hombre interior? Pero no tenía ninguna preocupación, ningún hombre interior; si alguna vez hubiera existido en él, ya hubiera desaparecido porque sería como si hubiera sido borrado. Por el contrario, aquel en cuya alma se manifiesta el hombre interior en esta preocupación, no se contentará con que la fortuna [*Lykken*] le acompañe en todo. Es invadido por un horror secreto [*en hemmelig Gru*] que se empeña en dilapidar todo, le angustiaría tener algo que ver con ello ya que es como si se le exigiera a cambio algo tan terrible que apenas sabe cómo denominar esta angustia. Se contentaría con gratitud con una porción mucho más pequeña sólo si supiera de quién proviene. Esta preocupación requiere de esta aclaración, de este testimonio, a tal grado, que, aunque lo pusieran en la cima de una montaña¹⁹ para que contemplara todos los reinos de la tierra

III 305

¹⁹ N. del t. Kierkegaard hace referencia al pasaje de los Evangelios en donde Jesús es tentado en el desierto. Dicho pasaje se encuentra en Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13. Las tres versiones están basadas en el libro del Deuteronomio 8, 22 que recoge la travesía del Pueblo de Israel que después de la liberación de la esclavitud de Egipto, tuvo que peregrinar cuarenta años en el desierto, enfrentándose a todo tipo de tentaciones, tal vez

y le dijeran: todo esto será sólo tuyo, primero querría saber quién era el que lo había puesto allí, a quien tendría que agradecer. Incluso, aunque la fortuna continuará sonriéndole, su preocupación se haría cada vez mayor; y todo lo que aumentará su preocupación le serviría a su alma para ganar la confirmación en el hombre interior. De esta manera, la prosperidad se convertiría en la ocasión para aumentar su preocupación, y así, esta misma prosperidad, le serviría para la confirmación y el fortalecimiento del hombre interior; en efecto, quien posee el mundo entero, pero da gracias a Dios, ése es confirmado y fortalecido en el hombre interior. Entonces deberá alegrarse [*glæde sig*] de manera totalmente distinta a la que le produce su buena fortuna [*Lykkelige*]; pues aquel que, teniendo el mundo entero, aun así, vive como si no lo tuviera, ése es el que verdaderamente posee el mundo, de lo contrario, estaría poseído por él. Entonces se alegraría de toda dádiva, pero se alegraría [*glæder*] aún más en Dios y con Dios que se la ha dado. Luego descansaría su mirada en el esplendor de la tierra, se alegraría de que sus graneros estén llenos, luego construiría otros más grandes para irse a dormir seguro y tranquilo, y cuando se le dijera: esta noche te exigiré tu alma, entonces comprendería muy bien este reclamo, se alistaría rápidamente, conocería y sabría muy bien lo que debe llevar consigo, sabría de todo el honor y de toda la gloria que poseía y en las que se regocijaba, de cómo día tras día se convertía para él en una ocasión para la confirmación en el hombre interior a través de su acción de gracias.

“Pero la prosperidad es demasiado fácil de comprender” y, sin embargo, ni siquiera *el favorecido* [*den Begunstigede*] puede comprenderla en verdad. Observa al favorecido, a quien la naturaleza dotó de todo lo más excelente: le otorgó poder, sabiduría, temple de ánimo, intrepidez de corazón y fuerza de voluntad. ¡Obsérvalo! ¿Por qué aquel que alguna vez hizo temblar al mundo entero, a veces tiembla en lo más profundo de su ser²⁰? ¿Por qué a

el énfasis pueda entenderse mejor desde el mandamiento del amor a Dios que exige incondicionalmente de todo israelita y que Jesús mismo hizo explícito como el mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo.

²⁰ N. del t. La siguiente serie de preguntas que Kierkegaard introduce buscan ser la ocasión para despertar la reflexión existencial en aquel individuo que se acerca a este discurso. Continuamente en cada una de las preguntas, Kierkegaard utiliza la palabra *Inderste* para indicar la interioridad en el sentido de lo que está más adentro, lo más íntimo, lo que cada ser humano es, lo que se ve, pero también aquello que no se ve, porque también lo que no se ve es parte de lo que somos. Para la traducción he buscado utilizar los distintos sentidos de la misma palabra, lo he considerado oportuno porque no traiciona el texto original y porque además en castellano, le otorga viveza y consistencia a la misma idea que se enfatiza con las distintas expresiones sinónimas.

veces palidece en su interior aquel que domina todo con sabiduría? ¿Por qué se experimenta impotente en su ser aquel que no se intimidaba ante ninguna mirada? ¿No es escalofriante pensar que, en un momento de calma, uno posea el poder sin siquiera saber o ser consciente del propósito para el cual lo tiene? La justicia civil vela porque cada uno se mantenga dentro de sus límites, que cada individuo sirva al todo. Cuando se descubre a un hombre, cuyo poder atrae la atención de todos, se le exige una explicación a propósito de para qué lo utiliza, en caso de que éste no pueda ofrecerla, recae en él la sospecha de que no es buen ciudadano, sino más bien un perturbador de la paz del orden establecido. La justicia humana es una imagen muy imperfecta de la divina. Se dirige al individuo, y su escrutinio es más estricto. Si encuentra una persona a la que le pregunta para qué lo tiene y no dice otra cosa, sino que solamente responde diciendo que él mismo no lo sabe, entonces la justicia se quedará a su lado con una sospecha en su contra. Posiblemente no le quite el poder, ya que quizá no haya abusado de él, pero cuando menos se lo espere, se generará una angustia en su alma. ¿Qué le falta a un hombre como este? ¿Qué más sino la confirmación en el hombre interior?

Por el contrario, aquel en cuya alma el hombre interior se revela con tal preocupación, no encuentra alegría al descubrir que tiene poder. Se queda intranquilo, temeroso de sí mismo. Con angustia se percata de todo lo que puede lograr. Pero cuando, a pesar de todo, no puede librarse del ejercicio del poder, la preocupación y la angustia de su corazón crecerían más y más, hasta que esta preocupación dé origen a la confirmación en el hombre interior. Así, no sólo sabría que poseía el poder, sino que también sabría lo que el favorecido no, es decir, sabría a quién le pertenece verdaderamente la gloria y el honor. Entonces efectivamente se alegrará de que lo que emprende tenga éxito, buscará alcanzar la meta que se propuso, pero se regocijará aún más en Dios, y anhelará todavía mucho más el instante [*Øieblikket*] en que se alegrará con su Dios por su éxito. Su alma abraza al mundo entero y sus planes se difunden por toda la tierra. Sin embargo, cuando en la quietud de la noche resuena la voz que le hace la petición de rendir cuentas de su administración²¹, comprende la profundidad y la seriedad de esta demanda. Sabe dónde yace su balance, y aunque pueda haber fallos y deficiencias en éste, se desprende serenamente del mundo de los pensamientos y de las acciones, en el que, de hecho, no tenía puesta su alma, por lo que abandona el trabajo difícil y extenuante que, día tras día, le ofrecía la oportunidad para la confirmación en el hombre interior.

²¹ Cfr. Lc 16, 2.

“Pero la prosperidad [*Medgang*] es demasiado fácil de entender” – Y, sin embargo, a veces ni siquiera es comprendida por el hombre familiarizado con las tribulaciones²² [*Gjenvordheder*]. ¡Obsérvalo! Había aprendido que en la vida hay dificultades, había aprendido y reconocido, delante de sí mismo, cuán débil e impotente es un hombre abandonado a su sola fuerza. Sin embargo, no perdió la esperanza, no se rindió, siguió trabajando incansablemente. Si había conseguido algo con ello, si había avanzado o retrocedido, no lo sabía, pues la niebla se había extendido a su alrededor oscureciendo todo como la noche. Pero se mantuvo firme con todas sus fuerzas. ¡Obsérvalo! El sol de la prosperidad volvió a salir, lo iluminó todo, lo explicó todo, le aseguró que había llegado tan lejos que había ganado aquello por lo que tanto había trabajado. Entonces, estalló en su alegría exclamando: “así tenía que suceder; pues el esfuerzo humano no es una fatiga estéril y sin sentido”. Pero habría distorsionado todo y, entonces, no habría obtenido ninguna confirmación en el hombre interior porque habría olvidado la confesión de la fe en la desdicha, habría olvidado que el logro no otorga más seguridad por haberlo alcanzado de lo que ya tenía cuando reconoció que sus propias fuerzas eran insuficientes para alcanzarlo. En efecto, habría comprendido la adversidad, pero no habría comprendido la prosperidad. O si la justicia lo visitara y le exigiera una explicación, ¿acaso estaría satisfecha con su respuesta? Había podido entender mejor al Señor en la columna de fuego que brillaba una vez por la noche, pero cuando era de día no había podido ver la columna de nube²³. – Por el contrario, aquel en cuya alma se revela el hombre interior en esta preocupación, habría ganado, cuando el día de la alegría [*Glædens Dag*] triunfará sobre las tinieblas, una plena confirmación en el hombre interior; porque aceptar sólo la alegría sin esta preocupación hubiera sido entregarse a un engaño. Pero su testimonio fue recibido con alegre gratitud porque no lo encontró dormido. El hombre interior crecía cada día en el favor de Dios. Y una vez que el Señor llamó a su presencia a este siervo, él ya conocía el camino, lo dejó todo y se llevó consigo sólo el testimonio con el que había obtenido su bienaventuranza.

²² N. del t. La palabra danesa *Gjenvordheder* ha sufrido una ligera variación con respecto al danés moderno, pues ha perdido la “j” quedando el vocablo así: *genvordighed* y los dos significados que ofrece el diccionario danés al castellano es tanto adversidad como contratiempo. Por el manejo tan especial que hace Kierkegaard de su lengua, sin embargo, he creído conveniente reservar la traducción de *adversidad* al vocablo danés *Modgang*, contrario a *Medgang* que he traducido como *prosperidad*. Así, he querido, en la medida de lo posible, reproducir los juegos de significados y términos que caracterizan el texto kierkegaardiano, mientras que *Genvordighed* lo he traducido como *tribulación*.

²³ Ex 13, 21-22.

“Pero la prosperidad es demasiado fácil de entender” y, sin embargo, con frecuencia, el hombre desdichado [*Ulykkelige*] tampoco la entiende, o no sabe muy bien de lo que se está hablando. Hablar con el hombre afortunado [*Lykkelige*] ayuda a que uno se consuele, pues en dado caso de que no le agrada lo que se le dice, puede regocijarse en su buena suerte y despreciar al que habla. Con el hombre desdichado la cuestión es distinta. Cualquier palabra que se le diga puede convertirse en un nuevo tormento [*Plage*] si no le resulta grata, su desasosiego puede incrementarse si considera que quien le ofrece consuelo con sus palabras, en realidad, no ha vivido una experiencia similar a la suya porque, de hecho, ni siquiera es consciente de su sufrimiento [*Lidelse*]. Sin importar quien lo haya dicho, es cierto que el desdichado muchas veces no llega ni siquiera a hacerse una idea de lo que es la prosperidad. Pero ¿quién podría comprenderla mejor desde una perspectiva distinta, sino precisamente el desdichado? Porque, en cierto sentido ¿quién podría hablar mejor de los placeres de la riqueza sino aquel que vive de migajas? ¿Quién podría describir mejor y con más pasión el poder y la autoridad, sino aquel que suspira por ellos en la esclavitud? ¿Quién podría retratar mejor la hermosa unión de dos seres humanos sino aquel que se ha quedado solo en la vida? Pero, tal vez aquel que comprendió cómo describirlo no sabía comprenderse a sí mismo, y entonces ¿cómo podría comprender, en un sentido más profundo, lo que le era extraño? Si por el contrario, se comprendió a sí mismo, o al menos lo intentó, si de verdad se preocupó por entenderse a sí mismo, si el hombre interior se le revelara en esta preocupación, entonces comprendería el significado de la prosperidad, comprendería el significado por el cual le fue negada, no se ocuparía ni de fantasías ni de sueños, sino que se preocuparía de sí mismo en su adversidad.

Entonces la adversidad debe servirle a éste para la confirmación en el hombre interior. ¿Y cómo podría no ser así? El hombre interior se revela en esta preocupación, y la adversidad hace que lo externo, lo visible, lo evidente desaparezca y se confunda; Pero entonces, ¿la adversidad siempre hace surgir lo interior? La adversidad siempre preocupa a cualquier persona, pero ¿siempre le preocupa en relación con Dios? ¿No confirma la vida, a menudo, la verdad de las serias palabras que provienen del mismo que previno contra la prosperidad, y por eso resuena con mayor profundidad su significado, a saber, “que también las adversidades son tentaciones”? Observa al hombre *preocupado* [*Bekymrede*]. Análzalo más de cerca, apenas lo podrás reconocer de cuando se encontraba en su vida tan alegre, tan entusiasmado y tan confiado. Su objetivo en la vida le parecía tan claro y

III 309

deseable, su pensamiento conocía sus aspiraciones y su corazón se aferraba a ellas, su ánimo trabajaba sin descanso – y la promesa de la esperanza le auguraba un éxito lleno de dicha. En efecto, hay una esperanza [*Haab*] que es un don del Padre del Cielo, una esperanza que va creciendo con el niño, una esperanza con la que el joven sale a la vida. Esta esperanza lo garantiza todo. ¿Quién le dio esta esperanza sino el Señor del cielo? ¿Acaso no vale esta esperanza para el orbe entero, es decir, para todos los reinos y naciones que pertenezcan al rey del cielo que la ha dado? Sin embargo, no ocurrió de esa manera, y pronto las adversidades se la arrebataron al más fuerte o engañaron al más débil, privándolos así de esta hermosa esperanza. Entonces todo se volvió confuso para él. Ya no había un Señor del cielo, el vasto mundo se había convertido en un campo de entrenamiento para el ruido desenfrenado de la vida, no había ningún oído que oyera toda esta confusión y le otorgara armonía, tampoco una mano poderosa que interviniera para poner en orden todo. Por mucho que este hombre pudiera encontrar algún consuelo para su vida, la esperanza, pensaba él, estaba perdida, y en efecto, había perdido la esperanza. Entonces su alma se preocupó. Y cuanto más profundamente miraba la anarquía en la que todo parecía disolverse, más poder ejercía sobre él, hasta llegar a creer que lo enloquecería completamente. Sus pensamientos giraban como un torbellino de confusión, él mismo se sumergía engañado en ellos y se perdía en la desesperación [*Fortvivelse*]. Aunque la preocupación no llegó a ejercer un poder seductor sobre él, su alma permanecía ausente y distante de todo. Observaba a los demás, pero su mirada siempre leía como si hubiera una escritura invisible que decía que todo era vanidad y desilusión²⁴. O bien se apartaba de las personas y atormentaba furtivamente su alma con preocupaciones, pensamientos oscuros, poniéndose así al servicio infructuoso de su cambiante estado de ánimo. ¿Qué le faltó a tal hombre que no ganó nada cuando lo había perdido

²⁴ N. del t. Kierkegaard trae a cuenta la idea veterotestamentaria acerca de la vanidad e ilusión de lo temporal: “Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? generación va, y generación viene; más la tierra siempre permanece. Sale el sol, y se pone el sol, y se apresura a volver al lugar de donde se levanta. El viento tira hacia el sur, y rodea al norte; va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo. Los ríos todos van al mar, y el mar no se llena; al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo. Todas las cosas son fatigosas más de lo que el hombre puede expresar; nunca se sacia el ojo de ver, ni el oído de oír. ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después”. Sir 12, 1-11.

todo? ¿Qué más, sino que le faltaba la confirmación en el hombre interior? – Por el contrario, aquel en cuya alma moraba esta preocupación antes de que apareciera cualquier otra preocupación externa, aquel a quien la dicha nunca le saciaba tanto como para hacer desaparecer su preocupación por el testimonio [*Bekymringen om Vidnesbyrdet*], pero la preocupación por lo externo [*udvortes Bekymring*] lo preocupaba tanto que a veces hacía desaparecer la posibilidad de la alegría, pues siempre se preocupaba por el testimonio – en efecto, para él la preocupación que venía de fuera se había convertido, poco a poco, en una amiga. Ésta se unió a la preocupación que había en él e incluso le ayudaba a que su alma se sumergiera más y más en esta preocupación hasta encontrar el testimonio. Así, poco a poco, se fue sintiendo más liviano, poco a poco se deshizo de la carga terrena de los deseos mundanos hasta hallar sosiego en el testimonio de Dios [*Vidnesbyrdet i Gud*], bendecido con la esperanza que había ganado. Pues hay una esperanza, dice la Escritura, que se adquiere con la experiencia [*Forfarenhed*]²⁵. ¿A qué tipo experiencia se refiere la Escritura? A aquella por la que un hombre puede estar seguro de que obtendrá todo lo que espera. La Escritura afirma que esta experiencia es un fruto de la tribulación espiritual. Pero una esperanza como ésta, no puede ser arrebatada por el mundo porque se gana y se fortalece en la indigencia. A este hombre la adversidad le había servido para la confirmación y el fortalecimiento en el hombre interior; ya que aquel hombre que aprendió algo en aquello que sufrió, aprendió el bien contenido en aquello mismo que sufrió, es decir, no

III 310

²⁵ Rm 5, 4. N. del t. Hace referencia al pasaje paulino donde Pablo afirma que “la perseverancia produce un carácter probado, y el carácter probado produce esperanza” En efecto, el “carácter probado” se refiere a lo que produce en el hombre enfrentar las dificultades de la vida con la certeza de la fe que es el tema precisamente del capítulo entero. La experiencia aquí implica la ejercitación en la fe, la ejercitación en el cristianismo, se trata de la cualidad de ser experimentado en tanto que se enfrenta a la tribulación, a la adversidad, experiencia en el sentido de idóneo, pues el vocablo griego de texto original es δόκιμότην, adjetivo de indica el ser idóneo, capaz, aprobado e incluso excelente para llevar a cabo una tarea, pero que indica también la influencia determinante que ejerce la adversidad, la tribulación, las dificultades de la existencia cuando se enfrentan con la armadura de la fe. En este sentido es que la Biblia del tiempo de Kierkegaard utiliza el vocablo *Forfarenhed* para indicar esta “experiencia”. Éste es el texto completo que puede ayudar al lector a entender la idea que intenta traer a cuenta en el discurso el pensador danés: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”. Rm 5, 1-10.

sólo ganó la mejor enseñanza, sino lo que es mucho mejor: ganó al mejor maestro, y el que aprende de Dios se confirma en el hombre interior. Aun cuando lo hubiera perdido todo, aun así, ganaría todo, prueba de ello es Abraham²⁶, quien sólo tenía una tumba en Canaán y, sin embargo, era el elegido de Dios.

Observa *al injuriado* [*Forurettede*]. No se queja de la vida, sino de los hombres que pervierten todo y hacen amargo lo que Dios ha hecho bueno. Obsérvalo un poco más de cerca. Apenas lo reconocerías de cuando salió joven y libre a la vida, lleno de expectativas, su rostro estaba tan sereno, su corazón era tan cálido, su alma estaba tan pronta para correr al encuentro de cada persona, todo era para él sólo gozo [*Fryd*]²⁷ y esplendor. Sin embargo, no continuó así. Tan rápido como lo había pensado, el engaño de los hombres le arrebató su fe, la astucia de los hombres se burló de su generosidad, la frialdad y el egoísmo de los hombres agotaron su entusiasmo, la envidia de los hombres derribó su coraje, su fuerza, su ardor, su noble esfuerzo; sus grandiosas proezas, le fueron arrebatadas dejándolo en la misma miseria en la que todos ellos ya vivían. Sin importarles cómo alguien enfrentaba los embates de la vida, pensaba él, los hombres parecían irremediabilmente perdidos. Así, todo se le había hecho confuso: parecía que ya no existía un Dios que dirigiera todo hacia el bien, sino que todo se encontraba abandonado a las manos de los hombres que parecían conducir todo hacia el mal. Y cuanto más su alma se hundía en el abismo de estas oscuras pasiones que se le presentaban, más poder ganaba sobre él la angustia de la tentación, hasta que él mismo se sumergía en sí perdiéndose en la

III 311

²⁶ Gen 23, 17-20. N. del t. El pasaje al que hace referencia corresponde en realidad a los versículos del 1 al 10, donde Abraham se encuentra con la muerte de su esposa Sara y pide que se le regale una sepultura para enterrar a su esposa y se declara como forastero y extranjero: “Fue la vida de Sara ciento veintisiete años; tantos fueron los años de la vida de Sara. Y murió Sara en Quiriat-arba, que es Hebrón, en la tierra de Canaán; y vino Abraham a hacer duelo por Sara, y a llorarla. Y se levantó Abraham de delante de su muerta, y habló a los hijos de Het, diciendo: Extranjero y forastero soy entre vosotros; dadme propiedad para sepultura entre vosotros, y sepultaré mi muerta de delante de mí”.

²⁷ N. del t. A lo largo de todo el discurso Kierkegaard, como en todos sus textos, cuida minuciosamente las palabras que utiliza. Un ejemplo es en este caso donde para referirse a un cierto tipo de gozo que causa una “alegría”. Sin embargo, en este caso Kierkegaard utiliza la palabra *Fryd* que puede ser traducida como alegría, regocijo, júbilo, gozo, delicia, placer. Sin embargo, como se ha indicado antes Kierkegaard reserva la mayor parte de las veces *Glæde* para indicar la alegría que brota del corazón desde la fuente de la comunión con Dios cumpliendo su voluntad en el ejercicio que lo hace idóneo, esa alegría serena que proclama la victoria incluso delante de lo que a los ojos humanos es un fracaso o una contradicción.

desesperación [*Fortvivelse*]. O incluso, aunque el dolor no lo arrastrara de esa manera, permanecía insensible entre el círculo de personas que lo rodeaban, veía repetirse en otros lo mismo que le había sucedido a él, pero sin sentir ningún tipo de compasión, y de todos modos, aunque la hubiera sentido no le servía de nada ya que, después de todo tampoco, tampoco tenía consuelo alguno que ofrecer. O tal vez se ocultaba de los hombres para sumergirse, desde la soledad de su alma, en su desconsolada sabiduría, desenterrando así los pensamientos de desesperación con todo su horror. O también se plegaba como una brizna de hierba, languideciendo lenta y corrosivamente, con ansiedad [*Ængstelse*]²⁸ por sí mismo y por cualquier persona que presenciara cómo se extinguía. – Pero aquel en cuya alma el hombre interior se revelaba en esta preocupación de la que hablamos, aquel cuya alma no había podido ser saciada por ningún amor humano como para que la importancia del dar testimonio con su vida se desvaneciera de su pensamiento, seguramente nunca había encontrado hombres tan injuriados como aquí, y, sin embargo, los encontraba muy distintos a lo que hubiera esperado y deseado. Pero, aunque sucediera lo más terrible, aunque los hombres se levantaran en su contra con violencia o lo abandonaran como charlatanes, aunque su amigo lo traicionara, aunque su enemigo lo persiguiera, aunque la envidia le tendiera lazos en los pies, ¿qué podrían hacer en su contra? Podrían aumentar su preocupación, podrían ayudar para hacer expulsar de su alma todo sentimiento perteneciente a la creatura, pero no lo podrían apartar de su Creador. Tampoco podrían impedir que la preocupación por Dios, que yacía en su alma, buscara su objeto de manera más profunda. En efecto, el que busca a Dios, siempre lo encuentra, y aquel

²⁸ N. del t. En la lengua materna de Kierkegaard existe *Angst* que es el término que Kierkegaard utilizará para referirse a la angustia, pero además también existe *Ængstelse* que según el diccionario danés-español de Gyldendal tiene cinco posibles significados: 1) Los más comunes: inquietud, ansiedad, ansia; 2) En sentido fuerte: angustia y preocupación. La edición de Trotta reporta el significado en el vocabulario de los *Discursos edificantes* como: congoja o aflicción (Cfr. p. 475). Yo he preferido traducir el sustantivo *ængstelse* como ansiedad. Considero que al ser de la misma raíz morfológica que *angst* debe de guardar una cierta relación con lo que explica Vigilius Haufniensis sobre el objeto de la angustia, a saber, la nada. Es verdad que la distinción vendrá un año después con la publicación de *El concepto de la angustia*. Así, se podría pensar que *ængst*, aunque tiene un objeto determinado como el destino final del hombre, en donde en el fondo, yace la nada como aquello que hace perder la paz al individuo en tanto que vislumbra, desde una perspectiva distinta, la posibilidad de la perdición y en este sentido, una dimensión de negatividad sustentada por algo que se vislumbra como horizonte insoslayable: la pérdida de toda relación con Dios.

que necesita de un hombre para buscar, este le ayudará a encontrar²⁹. Así que su alma buscó más y más profundamente en esta preocupación hasta que halló el testimonio; porque el que ama a Dios es confirmado en el hombre interior, y el que ama a los hombres y, sólo en razón de este amor, aprende a amar a Dios, tuvo una educación que fue, sin embargo, muy imperfecta. Pero el que ama a Dios, y en este amor [*Kjærlighed*] aprende a amar a los hombres, ése es confirmado en el hombre interior. Si los seres humanos le negaran su amor, entonces le ayudarían a encontrar a Dios, que es mucho más bienaventurado de lo que pueda generarse en el corazón del hombre³⁰; si el amigo le negara su consuelo, entonces lo ayudaría a encontrar a Dios que está por encima de todo; si el mundo le negara su aprobación, entonces le ayudaría a buscar a Dios que sobrepasa todo entendimiento humano.

III 312

Observa al que fue *probado* [*den Forsøgte*], al que fue sometido a la prueba [*prøvet*] en la inquietud que acompaña un combate espiritual [*anfægtelse*]. Quizá esto lo hayas visto con menos frecuencia; después de todo, un combate espiritual no siempre es acompañado con señales visibles. No se trataba propiamente de lo que nosotros llamamos adversidad aquello en lo que fue probado; no, los hombres no lo abandonaron, al contrario, en cuanto a las circunstancias externas, todo parecía bueno y hermoso. De hecho, en lo exterior todo le salía bien, y, sin embargo, su alma estaba sumida en la angustia, sin confianza ni valor. Tampoco buscaba paz y reposo en lo exterior, y, aun así, su corazón continuaba siendo perturbado. Entonces, el hombre interior languideció en él, parecía que la fortuna externa sólo estaba ahí para enmascarar el sufrimiento interno que lo afligía, de tal manera que ni siquiera las tribulaciones del mundo le distraían para encontrar alivio; parecía como si Dios mismo lo oprimiera con su mano poderosa, como si fuera hijo de la ira³¹, pero ni aun así podía comprender ni explicarse el porqué. Entonces, en lo más profundo de sí se turbó, es decir, le sucedió lo que dice una escritura en un antiguo texto de una edificación: “se vanaglorió de haberse perdido”³² y de que había sido Dios mismo quien lo había arrojado a la perdición. Pero aquel, en cuya alma el hombre interior se revela en la preocupación de la que hablamos, no se sustrae de ella. Aunque no hubiera encontrado exactamente la explicación que buscaba sí hallaría una:

²⁹ Cfr. Mt 7, 7-8. N. del t. Jesús invita a confiar en la providencia divina: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”.

³⁰ Cfr. 1 Cor 2, 9.

³¹ Cfr. Ef 2, 3.

³² Cfr. *Pap* 1833-43, p. 441. Allí se refiere a *den tyske Theologi* (Theologia deutsch. Kap. 11). Las citas no son textuales.

que debía esperar por la explicación. En efecto, encontraría la explicación en el hecho de que Dios lo estaba probando, hallaría consuelo en saber que cuando Dios prueba, ciertamente el tiempo de la prueba puede parecer eterno, pero Dios puede recuperarlo todo, pues para él un día es como mil años y mil años como un día³³. Entonces hallaría paz en su aflicción. No huiría de su doloroso combate espiritual, sino que se convertiría para él en su confidente, en un amigo cercano, aunque no comprendiera cómo había sucedido, aunque en vano se esforzara su mente por resolver este enigma. Pero a medida que su preocupación crecía, también crecía su silencio y su humildad, de tal modo que por mucho que sufriera, optaba por hacer frente a su combate espiritual en lugar de estar en cualquier otro lugar del mundo, hasta que finalmente, el testimonio irrumpió en la certeza de la fe; porque quien cree en Dios incluso contra el entendimiento, es confirmado en el hombre interior. El combate espiritual le sirvió para la confirmación y el fortalecimiento en el hombre interior, aprendiendo lo más hermoso de todo, la más grande bienaventuranza, que Dios lo ama; porque, en efecto, “Dios pone a prueba a aquel que ama”³⁴.

III 313

Así, tanto la prosperidad como la adversidad le sirven a una persona para la confirmación en el hombre interior. Pero nadie puede darse a sí mismo esa confirmación ni este fortalecimiento, pues el que recibe un testimonio no puede al mismo tiempo ofrecerlo. Pablo también nos recuerda esto en nuestro texto; *porque el testimonio en sí mismo es ya un don de Dios*³⁵, una dádiva de quien proviene todo don bueno y perfecto, el más noble de todos, una dádiva del Padre del cielo, de quien procede toda paternidad en los cielos y en la tierra. Estas son las palabras del apóstol, y atribuye a esta paternidad de Dios la confirmación en el hombre interior, y la atribuye de tal manera que el amor de Dios, precisamente en la revelación del hombre interior, se da a conocer como amor paternal. Nosotros llamamos a Dios Padre, el ser humano descansa alegre y confiado en este título como el más hermoso, el más sublime, pero también como el más verdadero y significativo, pero con todo, esta expresión es una metáfora imperfecta tomada de la vida terrena, aunque en efecto, sea lo más hermoso que la vida terrena posee. Pero si esta expresión es una metáfora, una relación de semejanza comparada,

³³ 2 Pe 4, 8. N. del t. He agregado al texto original la frase completa de la carta de Pedro, de otro modo podría ser entendido que para Dios un día dura mil años y el acento que ha querido dar Kierkegaard es precisamente que el tiempo para Dios se mide desde la perspectiva de su eternidad infinita.

³⁴ Heb 12,6.

³⁵ Ef 3, 16.

¿logra elevarse hasta los confines celestiales para significar lo que en verdad debe? O más bien, ¿no se difumina conforme se eleva, quedando como un mero anhelo terrenal que sólo murmura un lenguaje de lo incierto? En efecto, para quien sólo se fija en lo externo, dicha expresión se convierte en algo impreciso e irreal; porque si este hombre piensa que Dios otorga sus dones como lo hace un padre, pero de tal manera que atribuye que estos dones prueban que Dios es nuestro Padre, entonces estaría juzgando sólo lo externo, y para él incluso la verdad misma resultaría imprecisa. Además, el hombre interior no pone su atención en los dones, sino más bien en el dador, pues la distinción humana entre lo que podríamos llamar un don y lo que el lenguaje no está dispuesto a denominar así, desaparece esencialmente en el dador; la alegría y la tristeza, el éxito y el fracaso, la indigencia y la victoria son dones; porque para él lo fundamental es el dador. El hombre interior comprende y está convencido de que Dios es el Padre celestial, y que este título suyo no es una metáfora imperfecta, sino la más auténtica y verdadera de todas, porque Dios no sólo otorga los dones, sino que Él mismo se dona en ellos, algo que ningún ser humano puede lograr, ya que el hombre sólo puede estar presente en el regalo³⁶ indirectamente, es decir, a través de un sentimiento o una emoción, no en la esencia misma del regalo porque no puede impregnar todo el contenido del regalo con su presencia ni en su más mínimo detalle, es decir, no está esencialmente presente en el regalo, ni siquiera siendo una mínima parte de él. Si alguna vez, mi querido oyente [*m. T.*]³⁷, te ha parecido que intentar hacerte una idea de Dios es como si dejaras la comodidad de tu hogar para vagar por el mundo e intentar elevarte a la concepción del Dios Todopoderoso, el creador de los cielos y la tierra,

III 314

³⁶ N. del t. La palabra danesa *Gave* significa *regalo, don, dádiva*. No obstante, para distinguirlos, dada la manera en que Kierkegaard busca resaltar el contraste y la diferencia abismal entre los dones divinos y los regalos humanos, he optado por una distinción lingüística en la traducción. Así, cuando Kierkegaard se refiere a lo que Dios otorga al hombre, he traducido *gave* como dones; mientras que para aquello que ofrece el ser humano he traducido *gave* como regalos.

³⁷ N. del t. Kierkegaard, en diversas ocasiones, utiliza una referencia específica para señalar al oyente de sus discursos, los cuales estaba diseñados para ser proclamados, es decir, para leerlos en voz alta. En el texto original en danés aparece la abreviatura *m. T.* que es la contracción de *min Tilhører* al que corresponde la traducción literal de *mi oyente*. Sin embargo, en español, esta expresión no evoca la misma calidez y cercanía que en la lengua de Kierkegaard. En su contexto original, *min* antes de un nombre contribuye a crear un ambiente propicio para el diálogo. Se trata, en este caso, de un diálogo en términos de una interacción directa con el oyente buscando que se propicie en la interioridad de este individuo un diálogo existencial consigo mismo. De alguna forma, hemos querido reproducir esta expresión traduciendo la expresión como *mi querido oyente*.

Padre de todos, y en ese intento te pareciera como si hubieras perdido algo, concretamente ese amor especial que recibías en tu hogar paterno, porque eras hijo único, y él, *tu* padre terrenal, exclusivamente padre tuyo, no negaremos que podría parecerse de esa manera, es decir, como si la metáfora no se ajustara completamente. Aunque es verdad que, si llegaras delante de tu padre terreno, feliz por encima de todo, porque habías conquistado el mundo entero, y encontraras que también él estaba realmente feliz; pues ¿cómo no iba a alegrarse por tu felicidad³⁸ si eras su hijo más amado? Aún con todo ello, precisamente porque te amaba, estaría ciertamente feliz, pero no del todo, sino que lo aquejaría una cierta incertidumbre, pues tendría el temor de que lo pudieras haber ganado de una forma que pudiera llevarte a la perdición. Distinto de lo que hubiera sucedido cuando te presentaras delante de tu Padre del cielo, te encontrabas feliz por haber conquistado el mundo entero, y Él compartiría completamente tu alegría [*Glæde*] porque ya el hecho de que te alegraras con Él, sería una garantía de que lo que habías ganado serviría para tu bien. – O cuando llegaras delante de tu padre terrenal, triste y llorando, ciertamente él también se pondría a llorar; pues ¿cómo no iba a llorar con el que llora, especialmente cuando se trataba de su hijo al que amaba más que a nadie? Sin embargo, es cierto que no podrías darte a entender del todo por lo que él lloraría más, pues tú seguías llorando por aquello que te hacía llorar. Muy distinto de lo que sucedería si llegaras delante de tu Padre del cielo, igualmente triste, con la preocupación por tu alma, pero con la certeza de que Él es el único que puede escuchar incluso aquello que se dice en secreto, además de que posee un amor de Padre que le hace poder entender todo correctamente. – o de si llegaras a tu padre terrenal, preocupado y abatido, y lo encontraras débil, vacilante, sin consuelo para ti, y vieras que su dolor sólo se incrementaba más a causa de tu tristeza; muy diferente a cuando te encontraras desolado y destrozado y llegaras con tu Padre del cielo, pues lo encontrarías fuerte, incluso más fuerte cuando más débil te encontrabas, estaría dispuesto a ayudarte y siempre cada vez más dispuesto cuanto mayor era tu aflicción... ¡mi querido oyente!, entonces la metáfora tampoco encajaría del todo, ya que te darías cuenta de que no es porque que tú tengas un padre o porque los seres humanos tengamos padres la razón por la cual Dios es llamado Padre celestial. Al contrario, es en virtud de Él que todas las demás paternidades reciben dicho nombre; así que, aunque hubieras tenido el padre más amoroso que pudiera existir entre los seres humanos, él también, a pesar de su buena voluntad, comparada su paternidad con la paternidad de Dios,

³⁸ Cfr. Rm 12, 15.

III 315

sólo sería un padrastro, una sombra, un reflejo, una metáfora, una imagen, un enigma, un discurso oscuro sobre la paternidad. ¡Oh, mi querido oyente! ¿Has comprendido esta bienaventuranza?, o mejor aún, ¿te ha recordado mi discurso lo que posees de manera más íntima, plena y dichosa, de lo que yo he podido describirlo? O más bien, ¿no ha perturbado mi discurso algo de lo que poseías? Porque, ¿qué puede ser más bienaventurado que el pensamiento de saber que ninguna fortuna, felicidad, favor recibido, ninguna preocupación, ofensa, tribulación, ni presente, ni futuro³⁹ tienen el poder de arrebatarse algo al hombre? ¡todo le sirve para confirmarlo!

* *

*

El primer recuerdo que alguien posee, argumentan los hombres, siempre es el más sublime, y a ello siempre se aferra el corazón: a la primera persona que lo acogió al nacer; al primer cielo que cubría el lugar de su nacimiento; al primer idioma que aprendió, al que llamó lengua materna; al lugar de su origen, al que designó como hogar; al primer conocimiento que expandió su alma; a los primeros contemporáneos que lo comprendieron; al primer pensamiento que lo emocionó; al primer amor que llenó su vida de alegría. Bienaventurado es aquel hombre que, en sincera verdad, pueda proclamar: ¡Mi primer amor fue Dios en los cielos! Dichoso es aquel hombre que, aunque haya errado en la vida al dar preferencia a lo externo en lugar de lo interno, aunque su alma se haya enredado de diversas formas en los vaivenes mundanos, porque al retornar a Dios ha experimentado la renovación en su ser más profundo, siendo confirmado en el hombre interior.

³⁹ Rm 8, 38. N. del t. Kierkegaard busca afianzar la certeza fundamental del cristiano, a saber, que ninguna de las situaciones del mundo, incluidas la adversidad y la prosperidad, pueden alejar al cristiano de Cristo: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. Rm 8, 38-39.